

Abrese el BAZAR a las 9 mañana. Ciérrase a las 18:60 noche.

Año XXXVII

1.º

SABADO

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros. S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

BAZAR

LA TARDE DE SANTA OLALLA

(POR LUIS GIL DE VICARIO)

No hay nada que se parezca más a un bazar que el cerebro de un periodista. En el cerebro de un periodista se encuentra casi siempre esa algo incongruente diversidad de ideas que corresponde a la diversidad de objetos de los bazares. Y esta condición se transparenta con mayor claridad en los periódicos. Las crónicas de viaje equivalen al departamento donde se venden maletas y baules; los «ecos de sociedad» tienen ese mismo brillo trivial y atrayente de la bisutería; los artículos de fondo son como los trajes hechos, y así como el cliente apresurado elige uno, se lo viste y marcha con él, el lector de escasa capacidad ideológica enfunda su espíritu en la opinión que el «fondo» le ofrece, y sale con ella a la calle y al club; también hay en los periódicos una sección de juguetería — chascarrillos, caricaturas, noticias fantásticas de sucesos que se dicen ocurridos en Norteamérica— que satisfacen lo que todos los lectores tenemos de niño, por viejos que seamos ya. Y una nota triste: las esquelas de defunción. Pero hay igualmente un lugar tristísimo en los bazares: la caja, donde es preciso pagar nuestras compras.

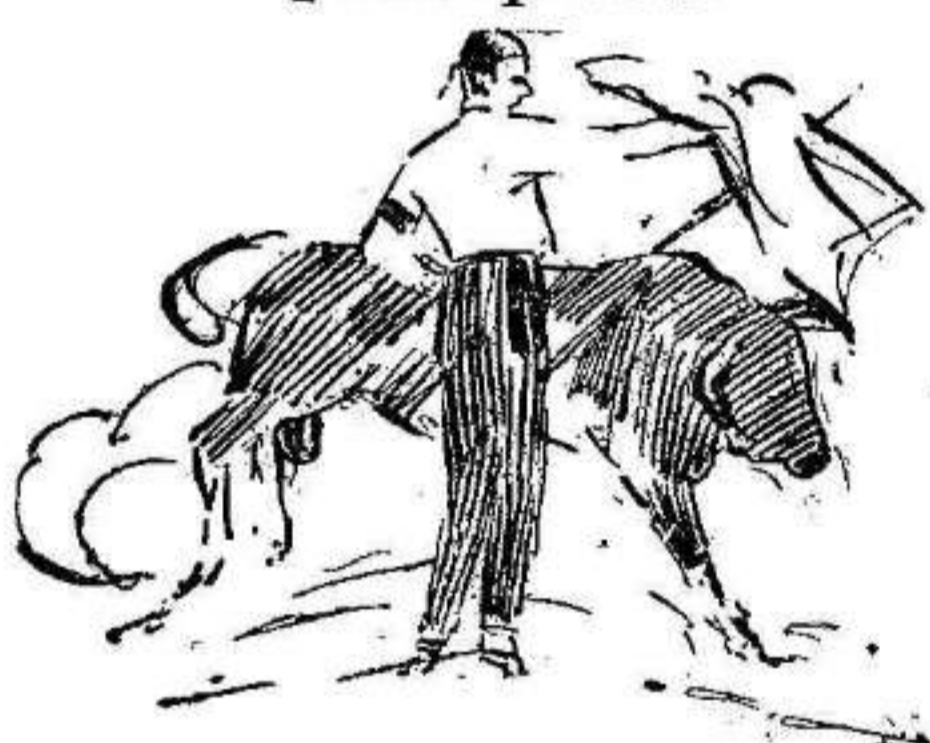
Unico testimonio gráfico de aquella tarde en que El Niño de la Palma luciera su maestría por vez última, antes de sacrificarse su coleta, son estos apuntes que doy en EL BAZAR MURCIANO.

Con los hermanos Sacristán Fuentes salimos de Madrid los doctores Parres y Nafria, don Severiano Martínez, el apoderado de Chicuelo, El Niño de la Palma y quien escribe.

En medio de la trilla, ardiendo al sol, iban rezagándose los bellos pueblecitos de nombres sonoros, hasta Santa Olalla, término de la corre- ría.

¡Tarde plena de elegancias y de valor en que los hermanos Sacristán y el de Ronda lucieron sus mejores lances!

A la hora de la merienda, en un patio rural, el Niño de la Palma apenas probó.



Gil de Vicario Santa Olalla



EL ÚLTIMO BRINDIS

bocado. Se excusó, con nosotros... allá, en Madrid, le esperaba su esposa. ¡Oh, la Mujer!

Los conos de luz de los autos rasgaban la noche, camino de la Ciudad del Oso...

Horas después, en Stambul, mirábamos todos el reflejo de los ojos verdes, azules o negros—¡qué más dá!—en el oro líquido del Champaña, mientras el demonio de la música loca gemía en el «black-bottom», detonaban en el aire los globos policromos y las sombrillas de la «fiesta japonesa» servían de pantalla a los besos.

—Amanecía. Alguien, con una copa en la mano, nos dijo:—Cayetano se acaba de cortar la coleta... ¡Bah, una broma!

Decididamente, la afición se pierde. Los «ases» se retiran: las plazas se destruyen... Mas nuestros hijos aún pueden saber de la Fiesta Nacional por esas monumentales plazas, con toreros y toros de plomo, que posee Ricardo Blázquez.

Agosto, 1928.



Gil de Vicario Santa Olalla

El juguete que nunca podrá ser superado por la inventiva humana es la pelota.

Todos los demás son ocasionales y dependen en cierta manera del tiempo. Hasta la muñeca, ese otro juguete insustituible, varía de forma, de expresión, de utilización. Una muñeca puede resultar cursi, al cabo de los años. Una pelota, no. Es la forma perfecta, porque es la perfecta sencillez. Y tiene una vida propia, que no depende de artificiosos resortes que al fin se desgastan o fallan. Ella corre como un ratón, vuela como un pájaro, salta como un rebeco. Vive, en fin. La primera pieza que el hombre aprende a cazar, en la infancia, es la pelota; el primer ideal fugitivo que persigue, es la pelota; la primera lucha es contra la pelota...

Y cuando la pelota se rompe es como si se muriese. A ningún otro juguete le ocurre esto. Una muñeca rota conserva— aunque sólo le quede media cara, aunque haya perdido toda la cabeza—cierto aire de seguir viviendo. Pero la pelota— esas tibias pelotas de goma—nos entristece con la realidad de su defunción. Baten ya contra el suelo con un ruido lastimero y fofo; no botan; se tornan inertes, desesperadamente inertes, y al rajarse, fingen una boca vacía y desdentada, de viejo; y se sienten ganas de arles ese pañuelo con que las almas piadosas sujetan la mandíbula caída de los difuntos.

La sección más triste de un bazar es aquella en que se venden flores de trapo. Nunca supe por qué.

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

Para la Real Academia Española

La Academia sabe mucho; su ciencia es grande, muy grande; Ella compone Gramáticas que aturden a los mortales, y Ella limpia, pule, fija y da esplendor al lenguaje que repujó Luis de Góngora y alzó a lo eterno Cervantes.

La Academia sabe mucho. Su saber inagotable lo muestra en el Diccionario. (ese libraco aplastante catapulta de porfias y ariete de los debates). Pero a veces, la Academia se equivoca y se distrae.

De distracción o descuido, vaya un ejemplo notable: Bazar, según la Academia informa a sus consultantes, es en Oriente un mercado, y una tienda en otras partes, donde a precio fijo venden objetos de muchas clases.

¡Me valga Dios, cómo yerran hasta los que mucho saben!

Bazar: es el Paraiso de lo bello y lo elegante, de lo artístico y lo práctico, de lo bueno y de lo amable.

Si la Academia lo duda, cabalgue al punto, cabalgue y a lomos del Diccionario, corra a la huerta joyante donde tiene la Fuensanta trono de amor inefable.

Allí se dilata el reino de la Belleza y del Arte; se llama: Bazar Murciano, y su Rey: Ricardo Blázquez.

M. R. BLANCO-BELMONTE

Vestida de largo

Asomándote a la vida pisas, absorta, el umbral, y arde la risa en tus labios, y en tus ojos el afán...

Ya eres mujer; te lo dicen galas y pecho a la par, y Amor prepara la venda que tu frente cubrirá.

La vida te alza su arco; ten cuidado para entrar. Mira que el vértigo aturde, y ciega la claridad;

que asomarse es más hermoso que haber penetrado ya, y que seguir esperando es más dulce que llegar...

Las horas buenas se acercan, y otras mejores se van; más dolor que empujar puertas produce verlas cerrar...

No corras, pues, y detente, que todo sucederá;— a su tiempo has de reir, a tu tiempo llorarás;—

y avanza gallardamente, y pon en tus pasos paz, y, antes de abrir una puerta, demóstrate en el umbral...

E. RAMÍREZ ANGEL

Madrid.

Murcia en el recuerdo

¡Murcia!. Yo recuerdo mis escapadas de Cartagena a Murcia como se debe recordar una jarra de agua fresca en las arideces del desierto. Generalmente iba a Murcia por Carnaval o durante las fiestas de Septiembre. Para viajar llevaba entonces conmigo lo mejor que se puede meter dentro de una maleta: veinte años.

¡Edad feliz!. la ciudad nos recibía hospitalaria, acogedora. Guerreamos en una batalla de flores, asistíamos a un baile en el Casino y retornábamos siempre con el corazón herido por la gracia de una de esas mujeres de Murcia con los ojos inmensos y el color quebrado como las rosas de té.

El tren que había de volvernos a Cartagena nacía en la misma estación murciana. Era uno de aquellos trenes prehistóricos, cuya lentitud de marcha permitía a los viajeros descender a cortar una caña del camino durante el trayecto. Mis amigos y yo, de madrugada, cuando acababa el baile, nos quitábamos el frac, íbamos a la estación y mediante la propina correspondiente, un mozo nos abría el compartimiento que había de trasladarnos. Cada cual hacía su cama en los asientos y... buenas noches, hasta llegar a Cartagena donde nos despertaban.

¡Edad feliz!. Ahora que estoy un tanto lejos de ella la evoco como se debe evocar una jarra de agua fresca en las arideces del desierto. Ahora, ya marchito por la vida, sin norte ni estrella, arrastro en Madrid una existencia de agitación. Las fiestas dejan de ser fiestas para mí, puesto que constituyen mi oficio. Y recuerdo mi provincia y aquellas arcaicas y tortuosas callejas que tienen nombres evocadores: la Cuesta de la Baronesa, la calle del Aire, la de los Balcones Azules...

¡Murcia!. Yo me atrevo a recomendar a las muchachas murcianas de hoy no sueñen demasiado con lo que creen fastuosidades de una corte lejana. La facilidad mata siempre a la ilusión y la ilusión, al morir, deja en el mundo su recién nacido correspondiente: el desencanto. La ciencia para ser feliz consiste en saber esperar y en esperar siempre.

¡Fiestas de provincia que son esperadas de carnaval a carnaval y de Pascua a Pascua!. Vosotras sois las verdaderas fiestas, porque alimentáis el sueño de muchos días y poneis con vuestro anuncio una aureola de ilusión sobre muchas cabezas.

¡Casino de provincia, en una de cuyas bibliotecas silenciosas, encontré yo el motivo que ha acabado por convertirme en un aprendiz de la literatura!. ¡Bendita sea vuestra paz, solo interrumpida por alguna ficha de dominó que suena impulsada contra el mármol!. En mi Casino, frente a mi biblioteca, recuerdo que se abría una ventana. Era el lugar elegido por mí para leer. Y justo, en el balcón fronterizo, que la callecita estrecha casi permitía tocar con las manos, una muchacha bordaba en su bastidor. Yo de cuando en cuando alzaba los ojos del libro para mirarla, Quiero creer, en mi honor, que ella, de vez en vez, alzaría los suyos del bordado para mirarme a mí...

GIL DE ESCALANTE

Madrid y Agosto de 1928.

Muñecas y hombres

A. M. R. F.

Vi y admiré no ha mucho unas lindísimas muñecas en el escaparate del cada día más justamente acreditado *Bazar Murciano*. Rubia una, peinada en crencha, luciendo sendos bucles como haces de sol y con unos ojos cándidos de color que copia el azul de nuestro cielo. Trigueña la otra, lleva suelto el abundante ondulado cabello negro con reflejos metálicos que le cae sobre la espalda, porque, por la cuenta, no ha llegado al mundo de donde tan preciosas muñecas proceden la moda de la melena y del corte de pelo a lo *garçon*. Una y otra son tan expresivas, que me han hecho recordar aquél cantar nuestro, a tantos atribuido, que en realidad se ignora de quién sea, y que acertaríamos afirmando que, sin los remilgos de la técnica, fluyó de la rica y copiosa fuente popular:

—Si no me quieres, ¡me mato!
Dicen unos ojos negros
Y dicen unos azules:
—Si no me quieres ¡me muero!

La verdad es que éstas muñecas que forman parte de la colección variadísima, estupenda del estupendo *Bazar Murciano*, diríase que tienen alma que dá brillo a sus ojos y vida y emoción a sus semblantes. En cambio conocemos a algunos hombres que parecen no tenerla, aún peor, que la tienen negra y hedionda, cual seres habituados al ambiente de la alcantarilla. No creo en la igualdad; me subleva que se sienten como un axioma que somos todos iguales: es lo contrario: somos profundamente desiguales en moral y aún en lo físico. Conozco a algunos que han convertido sus cavidades craneanas en cárceles de la luz y sus corazones en nido de virtudes patrias y domésticas y sienten chispear por la red de su vida corrientes de gloria antes que fluido nervioso; y otros... otros, en cambio, por cuyas arterias circula la sangre blanca y fría de los sapos y de las víboras...

MIGUEL PEÑAFLO

Se pide una cosa justa

Al Ministro de Trabajo

(Fantasía con un fondo de realidad)

Fué una noche perfumada y misteriosa, de sábado, cuando al filo de las doce que en la Catedral vibraron graves, pausadas, solemnes, en el gran *Bazar Murciano* de Blázquez, uno tras otro los muñecos se animaron, y con los muñecos, todos los seres que allí, alineados en las vitrinas, pacientes al comprador aguardaron.

Fué pintoresco el cortejo: dos a dos y cuatro a cuatro, avanzan, con Arlequines las Colombinas de trapo, formando así, encantadoras parejas; van de la mano, seguidos por los Pierrots siempre tristes, siempre pálidos.

Luego marchan, damiselas, aldeanas y aldeanos, militares, guardias, curas, Polichinelas gibados... todos los mil y un muñecos que los hombres idearon para deleite del hombre y alborozo de muchachos.

Y detrás, los animales de porcelana, de trapo, de madera, de cristal, de cartón-piedra, de mármol: Un conejo con platillos; un gato de enhiesto rabo, lo mismo que un limpiatubos; un perrito articulado; toros, cabras y borregos elefantes y caballos; y todos, por jerarquía solemnemente avanzaron hasta el mostrador, en donde los muñecos más preclaros, escalando el mostrador la presidencia formaron en él, tomando allí asiento cual si fuera agosto estrado.

Presidía un cura, viejo, —rostro noble, pelo cano—; a su diestra dos señoras, un Arlequín y un soldado; y a su izquierda, Colombina, una *Maruca*, un gibado

y un guardia municipal de la ordenación del tráfico.

Hubo un rumor de impaciencia y el presidente, al notar, agitó la campanilla y exclamó: —¡Comienza el acto! Pierrot, que es el que congrega, tiene la palabra.»

—«Hablo, —dijo el aludido—, para mi gratitud expresaros, pues al conocer la causa de haberos hoy congregado en asamblea, conformes todos habeis de mostraros.

La causa es esta: El Gobierno como sabeis, ha creado para premiar las virtudes del hombre bueno y del sabio, del honrado y laborioso... la medalla del trabajo, y yo os digo, que no es justo que a nuestro buen don Ricardo Blázquez, por todos querido y por todos admirado, tal distinción no se haya hasta la fecha otorgado.

¿Qué hacen que no la pidan para Blázquez, sus paisanos, la Cámara de Comercio o el Municipio Murciano? ¿Fue un olvido? Pues nosotros —¡pobres muñecos de trapo!— debemos hacer memoria a quienes pueden lograrlo. ¿Estáis conformes conmigo? Todos a una: «¡Está claro! ¿Qué hay que hacer?»

El Presidente: —«Condensar nuestro entusiasmo en un escrito al Gobierno del Rey; y como avalarlo no podemos, porque somos ¡pobres muñecos de trapo!, solicitar que lo firmen los comerciantes murcianos. Se pide una cosa justa y nadie habrá de negarnos su concurso; y el Gobierno honrará, al fin, a Ricardo, dándole con la medalla premio a su noble trabajo.»

Se disolvió la asamblea. La idea quedó flotando. Se pide una cosa justa... dijo un muñeco de trapo. ¿No habrá en Murcia un solo hombre que pida para Ricardo Blázquez, que es un hombre bueno, y laborioso y honrado, lo que conquistó con ansias, un año tras otro año? ¿No habrá en Murcia una entidad, que pida para Ricardo lo que, en rigor, es justicia: la Medalla del Trabajo? Si así fuera —y no lo creo— hasta el Ministro, yo alzo la petición entusiasta de los muñecos de trapo: Señor Aunós: hay que darle la Medalla del Trabajo, a Blázquez, el laborioso dueño del *Bazar Murciano*.

RODOLFO DE SALAZAR.

De la novela al ejemplo

Las anticipaciones de los novelistas de imaginación, se han transformado en realidades. Si Julio Verne, cuyo centenario se ha celebrado este año, viviera en nuestros días, hubiera tenido que pasar de la categoría encantadora de artífice de narraciones fantásticas, a la seria condición de hombre de ciencia.

Los elementos todos y las más extrañas regiones geográficas ya no tienen secretos para nosotros. El misterio ha muerto. Las inteligencias infantiles, al despertarse ahora a la vida, no se verán encantadas con el relato de extrañas aventuras, que ponen una bruma delicada y frágil sobre la curiosidad.

Malos tiempos son los nuestros para los goces incoercibles de la fantasía. El mundo está demasiado viejo, y la principal razón de su decrepitud consiste en que lo sabemos todo. La más triste característica de la ancianidad es la muerte de las ilusiones, de los anhelos y de las esperanzas.

Pero, si no quedan para la imaginación y para la ciencia nuevas zonas que colonizar, siempre restan tierras vírgenes para la conducta, donde enriquecer con ejemplos inéditos las actividades de nuestra conciencia.

La exploración del Polo ha culminado nuestra curiosidad, eternamente inquieta e insatisfecha. Pero nos ha mostrado

a la vez el valor que tienen en la vida la seriedad, la sobriedad, el trabajo metódico, el entusiasmo refrenado y activo, la generosidad y el desinterés, el desdén por el amor propio, el olvido noble de la ajena incompreensión, el deber de asistencencia al caído. A la vez nos ha enseñado a menospreciar ciertas flores de trapo, por desgracia sobrado latinas, como la improvisación, el exhibicionismo, la palabrería gárrula, los gestos excesivos y solemnes, el patriotismo barato, más facial que cordial, hecho de verbalismo y no de inteligencia.

Una vida paralela de Amundsen y de Nobile ofrecería una enseñanza ejemplar, tan honda e imperecedera como la que se desprende de las páginas inmortales de Plutarco.

Es un profundo consuelo para el espíritu, conturbado por la muerte de la fantasía, esta supervivencia fecunda de las nobles enseñanzas morales de la conducta humana.

MARIANO RUIZ-FUNES

¡El Bazar vive!!

Todo está evolucionando de un modo tan radical que no sabemos a donde las cosas van a llegar.

Los autos de todas clases, los aviones, y hasta las *patinets* han hecho migas al ganado caballar y ya no se vé una mula por donde los autos van, aunque el tropezar con bestias es cosa muy general.

Si es en el vestir, las modas traen un vaivén singular y acaso pronto los hombres llevemos peineta y chal.

Respecto al comer hay cambios en los *menús* que nos dan, y puede ser que en las fondas (y aun dentro de cada hogar) tomemos el chocolate con perejil y aguarrás, y empecemos por los postres, o esté de moda cenar por la mañana y zamparnos el almuerzo, bien o mal, a eso de la media noche poco menos, poco más.

Todo cambia; hasta el servicio, pues las criadas se van de juerga mientras los amos quitan el polvo al vasar.

Únicamente no cambia (si no es para mejorar) el bello *Bazar Murciano*, que lleva un siglo quizás consolidando el prestigio que consiguió conquistar, puesto que en él todo brinda segura felicidad, desde el más humilde objeto de los que a la venta están hasta el propio amigo Blázquez, el *castigador* sin par, que atrae a las compradoras con su encanto personal como atrae al duro acero la potencia del imán.

En efecto, sus *esclavos* hoy despachan, como allá en mis tiempos juveniles (¡que ya quedan *algo* atrás!) chirimbolos, utensilios, aparatos, un millar de juguetes de primera, *joyas* de alta novedad, y especialmente productos de la antigua *Casa Gal*, como superior *Colonia* (que vale bastante más que otros frutos *coloniales*), *jabón*, bueno de verdad, y *perfumes* tan variados que hasta lo hay de concejal, de ajedrez, de coliflor y de bazo de Sultán, así como lindos frascos de *petróleo*, para dar consistencia a los cabellos por delante y por detrás y aun para que broten pelos en las bolas de billar.

Todo, pues, lo que vendía (mejorado, claro está) sigue *hinchándose* a Ricardo, pues la baba se les cae a las chicas que le miran, al extremo de que yá va llenándose de charcos todo el piso del local.

¡Que Dios siga dando a Blázquez buena suerte, y que además, no se olvide de este colaborador de su BAZAR.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Tango casi mexicano

(Con música del titulado «Mi casita»)

Es tu empeño, buena amiga, que te explique y que te diga lo que en Murcia me gustó y al decírtelo me apeno pues he visto tanto y bueno que no sé lo que es mejor.

¡Qué mujeres tan hermosas, tan gallardas, tan graciosas, que son flores de un jardín, con los ojos retrecheros, que al fijarse sandungueros no se pueden resistir.

Hasta el hombre más ateo de rezar siente deseo en su hermosa Catedral, y con solo verla encanta la Virgen de la Fuensanta, su patrona celestial.

Mas por ser cosa notoria no ha borrado mi memoria un Bazar que visité, donde Blázquez ha formado un rincón que ni soñado es posible suponer.

Hay jabones prodigiosos y perfumes deliciosos tan intensos en su olor, que me fueron percibidos y gozados, y sentidos al llegar a la Estación.

Guarda estuches de limpieza que realzando la belleza dan al rostro juventud; adornos para mantilla y peinetas de Sevilla, de nuevo estilo andaluz.

Para novias hay reunidos mil objetos escogidos de elegancia sin igual, que, atrayendo a los solteros, los declara prisioneros y se casan sin tardar.

Hay muñecas muy bonitas, bicicletas pequeñas y caballos de cartón, entre juegos ideales y entre cajas musicales que resultan un primor.

Con que no extrañes si insisto que entre lo mejor que he visto tiene puesto ese Bazar, que, por todos admirado, allí Blázquez ha logrado una fama universal.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

«Naturaleza muerta»

Está el patio solitario, se enfría la res yacente, zumba un tábano bestiarío y huele a sangre caliente.

Marginal llega el bullicio; tiene el aire vieja y rara sensación de sacrificio y prestigio el suelo de ara.

Toros y caballos muertos tintos de sangre y arena de insomnes ojos abiertos por una infinita pena.

Viejos cobres, esculturas que troqueló la agonía; está en recias crispaturas trazada su anatomía.

La piel rota en las heridas al repelo el sol charola, vense en el suelo vertidas las crines de cada cola.

Las astas que antes peinaron los aires a las cornadas tras el arrastre quedaron en roja arena clavadas.

Puso en las bocas la muerte tristes risas amarillas; bajo el pellejo se advierte la jaula de las costillas.

Da el clarín su cita clara, bulle la plaza contigua y hay en el aire una rara emoción de fiesta antigua.

Está el patio abandonado, se enfrían las reses muertas, rosma el tábano obstinado...

y otra vez se abren las puertas.

ANTONIO MARTIN MAYOR.

